

Duschattzky Silvia – Corea C. CHICOS EN BANDA -Los caminos dela subjetividad en el declive de las instituciones

Ficha bibliográfica.

El libro es el producto de una investigación realizada durante los años 2000 y 2001 en el marco de un convenio entre la Unión de Educadores de la provincia de Córdoba y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Intenta pensar la situación de la escuela en una coyuntura singular, a partir del declive de las instituciones en tiempos de fragmentación. Trata de pensar qué estatuto tiene la escuela en la subjetividad de unos chicos para los que la escuela ya no es la llave para alcanzar el futuro, ni un lugar de fuerte inscripción. Entonces ¿dónde está la escuela de los chicos que protagonizaron esta investigación? Los chicos que participaron en este trabajo, habitan en la periferia de la ciudad de Córdoba y asisten a las llamadas "escuelas urbano-marginales"

CAPITULO 1 Escenarios de expulsión social y subjetividad

La pregunta inicial que motivo la investigación fue: ¿cómo habitan los jóvenes situaciones de exclusión social?. Se habla de expulsión y no de pobreza o exclusión por las siguientes razones. La pobreza define estados de desposesión material y cultural que necesariamente atacan procesos de filiación y horizontes o imaginarios futuros. La pobreza no necesariamente afecta a la "creencia" o a la confianza de que es posible alcanzar otras posiciones sociales. La exclusión pone el acento en un estado: estar por fuera del orden social. Nos habla de un estado en el que se encuentra un sujeto. La idea de expulsión social, refiere a la relación en tres estado de exclusión y lo que lo hizo posible. Mientras el excluido es un producto, un dato, un resultado de la imposibilidad de integración, el expulsado es resultado de una operación social, una producción, tiene un carácter móvil. Si se considera la exclusión ya no como un estado (una determinación) sino como una operatoria (unas condiciones), ponemos de relieve su carácter productivo, y la estrategia de lectura debe modificarse, La expulsión,

considerada como una serie de operaciones, nos da la oportunidad de ver el funcionamiento, la producción en la situación del expulsado. La expulsión social, más que denominar un estado cristalizado por fuera, nombra un modo de constitución de lo social. La expulsión social produce un desesistente, un "desaparecido" de los escenarios públicos y de intercambio. El expulsado es una "nuda vida", porque se trata de sujetos que han perdido su visibilidad en la vida pública, porque han entrado en un universo de la indiferencia, porque transitan por una sociedad que parece no esperar nada de ellos. Cuando un sujeto deja de realizarse en sus inscripciones múltiples, trabajador, mujer, hombre, hijo, padre, artista, estudiante, etcétera, se aproxima a la nuda vida. Los indicadores o rastros de la expulsión social pueden advertirse en: falta de trabajo, estrategias de supervivencia que rozan con la ilegalidad, violencia, falta de escolarización o escolaridad precarizada, ausencia de resortes de protección social, disolución de los vínculos familiares, drogadicción, etcétera. Dada que la preocupación de la autora se orienta a indagar la forma de habitar las nuevas condiciones de pobreza que llamamos de expulsión social, es importante distinguir entre actos o datos reveladores de la expulsión y prácticas de subjetividad, es decir, operaciones que ponen en juego al sujeto en esa situación de expulsión.

Las prácticas de subjetividad permiten rastrear las operaciones que despliegan los sujetos en situaciones límite y las simbolizaciones producidas. La forma de producción de la subjetividad se escribe en condiciones sociales y culturas específicas.

La violencia se presenta como el sustrato cotidiano sobre el que construyen la subjetividad niños y jóvenes de la periferia de la ciudad. La violencia es hoy una nueva forma de sociabilidad, un modo de estar "con" los otros, o de buscar a los otros, una forma incluso de vivir la temporalidad. La violencia se presenta como un modo de relación que aparece en condiciones de impotencia instituyente de la escuela y la familia, es decir en una época en que parecen haber perdido potencia enunciativa los discursos de autoridad y el saber de padres y maestros, que tuvieron la capacidad de interpelar,

formar y educar en tiempos modernos. Tal vez convenga rastrear cuáles han sido los discursos portadores de autoridad simbólica para advertir los quiebres y rupturas a los que hoy asisten las instituciones. Según Beatriz Sarlo asistimos a una "clausura" de un espacio simbólico de pertenencia que ha sido la marca de constitución subjetiva durante la primera mitad del siglo XX. Ser argentino suponía tres cualidades: ser alfabetizado, ser ciudadano y tener trabajo. Nombraba a un sujeto anclado en un lazo social y filiado a una genealogía cultural. La impotencia instituyente habla de la caída no sólo de tres referentes o patrones de identidad sino de la propia autoridad simbólica, es decir, de discursos que interpelen, nombren, convoquen a los sujetos, les asignen un lugar en la trama social y los habiliten para la construcción de sus propios discursos. Estamos en presencia de un sujeto que se define a partir de sí mismo, un sujeto fragmentado, despojado del lazo que ya no se reconoce en el imperativo tú puedes porque debes sino en el tú debes porque puedes.

La violencia se presenta bajo cuatro formas: como estallido (en la escuela), como forma instituida (en los ritos), como componente de un acontecimiento (en fiestas), o como matriz cotidiana (en la calle).

En la escuela la violencia no es vivida por sus protagonistas como un acto de agresividad, sino como un modo de trato habitual y cotidiano. Es identificada como tal por un observador y no por sus agentes. Son los docentes, en posición de observadores, quienes hablan de violencia cuando constatan que los comportamientos habituales de los alumnos son la negociación de la representación que corresponde a la condición del alumno. El Estado-nación, mediante sus instituciones principales, la familia y la escuela, ha dejado de ser dispositivo fundante de la "moralidad" del sujeto. La violencia a modo de descarga o pulsión descontrolada es el índice de la incapacidad del dispositivo para instituir una subjetividad regulada por la ley simboliza. Es una suerte de energía pulsional no controlable. La escuela instituyó durante su larga trayectoria la hermandad entre los alumnos. La institución del semejante requirió un conjunto de operaciones discursivas que lo construyeran. El semejante era entonces producto de una educación moral orientada a la coacción. La propia educación moral en tanto se apoyaba en coacción del

sí mismo, es decir en el control de las propias pasiones y tentaciones, inhibía o reprimía el impulso de eliminación del otro. La violencia en la escuela hoy puede ser leída como un síntoma del agotamiento del dispositivo pedagógico moderno. Es un fuera de lugar; una irrupción que resulta inconsistente con la representación de la escuela, lugar eficaz para controlar las disrupciones y moldear la moralidad del sujeto.

En la fiesta cuartetera, la violencia aparece como un ingrediente más de ese acontecimiento. Los chicos pueden protagonizarla, registrarla y tratar de evitarla pero en todos los casos no se trata de meros observadores externos sino de participantes del escenario. No la viven como un fuera de lugar, es parte de la estética del acontecimiento.

En los ritos, como el caso del "bautismo del chico de la calle", la violencia es una forma instituida en tanto es la marca mediante la cual un miembro del grupo adquiere un cierto estatuto.

Se trata de una condición que le confiere al sujeto una posición dentro del grupo. La violencia en estos casos es una marca fundante de reconocimiento, en las fronteras de las legalidades del grupo.

En la calle, la violencia se presenta constituyendo la matriz del lugar. Aquí se trata de un lugar del que no se puede escapar, es un lugar ineludible. Se puede elegir el modo de vivirla, de ocuparla, pero sus defectos se dejan sentir en la subjetividad, especialmente si tenemos en cuenta el significado conferido a la calle en la experiencia cotidiana de los barrios populares. El imaginario de la inseguridad es un sentimiento, una sensación que tiene a la calle como epicentro, pero no sólo a la calle real sino a la calle representada mediáticamente.

CAPITULO 2 Territorio juveniles emergentes

La subjetividad ya no depende de las prácticas y discursos institucionales sino que sus marcas se producen en el seno de prácticas no sancionadas por las instituciones tradicionales como la escuela y la familia. Mientras en el marco de los Estados-nación y en las coordenadas de una cultura moderna del sujeto devenía tal por acción de los dispositivos familia y escuela, hoy en el contexto de la centralidad que ha

cochado el mercado y la caída hegemónica de los Estados-nación el suelo de constitución de los sujetos parece haberse alterado. Los chicos que viven en condiciones de expulsión social construyen su subjetividad en situación. Los ritos, las creencias, el "choreo" y el "faneo", son territorios de fuerte constitución subjetiva.

2.1. Los ritos

Existe una diferencia entre los ritos institucionales transmitidos de generación en generación y los ritos armados en situación. Esta distinción es correlativa de una variación histórica: el pasaje del Estado-nación al mercado o el paso de las sociedades disciplinarias a las sociedades de control. Nos interesa recalcar un rasgo esencial en ese pasaje: es la variación de la institución social del tiempo (tiempo de progreso versus tiempo aleatorio; tiempo lineal y sucesivo

Versus instantaneidad o pura actualidad). Los ritos de situación se producen en circunstancias de mercado, de un devenir temporal aleatorio e imprevisible, el otro es el próximo, no el semejante. El otro no se instituye a partir de la ley estatal sino a partir de las regulaciones grupales. Los ritos de situación tienen solo validez en un territorio simbólico determinado; no se construyen sobre la base de la transmisión intergeneracional sino sobre la base de la transmisión entre pares -intrageneracional-, son frágiles, no generan experiencia transferible a otras situaciones sino que cumplen la función de anticipar lo que puede acontecer porque han vivido en la inmediatez que compartimos. Los ritos de situación filian a un grupo, no a una cadena generacional; marcan formas compartidas de vivir un tiempo y un espacio que es puro presente y confieren una identidad común en las fronteras del grupo. Los ritos de situación no se inscriben en la serie pasado-presente-futuro ni producen pasajes legitimados socialmente. El tiempo del rito es un tiempo marcado por una alteración no lineal. El tiempo del rito desconoce la distinción entre pasado y presente, pero su intensidad vivida hace que marque al sujeto que participa de él. En la medida en que todo rito supone un pasaje, lo nuevo siempre es identificado como tal en relación con un tiempo anterior. Por lo tanto en el rito de situación se arma

una relación temporal que produce en el sujeto un nuevo estatus. Las prácticas rituales de las que participan los jóvenes presentan, como rasgo significativo, un fuerte componente de "violencia" y se materializan en grupalidades marcadas por reglas estrictas: "la fiesta cuartetera" y el "bautismo del chico de la calle". Estos ritos tienen en común la invitación a habitar de otra forma la condición de la expulsión, mediante una serie de códigos de permanencia que arman la configuración de un nosotros. El rito del "bautismo del chico de la calle" se arma con las reglas de la institución represiva: las de la policía, los institutos carcelarios y de minoridad. La ley simbólica, aquella que al tiempo que reprime también posibilita, se ha borrado para devenir sólo como amenaza y agresión: es la ley de la pura fuerza que ya no es portadora de autoridad.

"El bautismo: comienza por la siesta, nos vamos a la casita y de allí se llama a los chicos que están en edad de merecer o sea de ser chorros finos. Se comienza con la fana y después se los revienta a palos, para que cuando la cana los agarre, ellos no hablen. Y no van a hablar porque se la bancaron".

Los chicos se apropian de las reglas del otro represivo con la finalidad de anticipar un peligro inminente (caer en cana o en un instituto de minoridad) que se desata como consecuencia de la práctica del robo y la transa de drogas "ya me va a tocar a mí".

En este rito se juega el exceso, el desafío al sufrimiento, una suerte de inmolación al exponer el cuerpo a la agresión del par y a una práctica sexual que tiene como fin anticipar las situaciones de vejación y tortura. El rito de bautismo se constituye en una forma de afirmación del yo. Atravesar estas prácticas significa "pasar" a un nuevo estatuto, el de "chorro fino". El pasaje simboliza la iniciación de otra condición: el que se la banca, el que será capaz de tolerar el sufrimiento y la tortura, el que podrá callar. En esta operación una respuesta a la perversión ejercida por la ley, respuesta que puede entenderse como un modo de restarle poder o eficacia al otro al apropiarse de esa ley y anticiparla. Las fiestas cuarteteras se caracterizan por la exhuberancia de la emoción, la catálisis, la irrupción de un "cuerpo" colectivo. La fiesta condensa todos los sueños. Como trasgresión la fiesta es un reto de límites, una tentativa de borrar jerarquías, los compartimentos estancos produce una alteración, no se es el mismo fuera que dentro de la fiesta. Constituye un desafío a los límites y a los ritmos

sociales. Se desarrolla fuera del tiempo codificado y fuera del espacio consagrado. Su fuerza está en la duración que en la intensidad. Su tiempo se funda en el derroche, una exaltación del presente al mismo tiempo negado por la coerción. La fiesta es un acontecimiento que condensa una serie de dimensiones, "políticas", amorosas, sexuales, sociales. Allí es "hablado" o cantado el malestar cotidiano, la falta de trabajo, la segregación, la relación con la policía, el desencanto amoroso y la violencia social. La fiesta construye al pobre sólo en ese acontecimiento, al invitarlo a habitar su condición de otro modo. En la fiesta cuartetera, el pobre grita el malestar, produce allí una identidad grupal que no se continúa en otros ámbitos. La fiesta cuartetera es el territorio en el que las tensiones, el conflicto, la angustia deriva del incierto y fragmentado mundo social, se transforman para dar paso a formas de sociabilidad que imprimen un modo particular de compartir la temporalidad. La fiesta es vivida y esperada como "el lugar"; fuera de la fiesta no hay nada o está el vacío, el desdibujamiento, el riego. La fiesta cuartetera, constituye un "lugar" que expresa los sentidos profundos desde los que se habita una condición socio-cultural, en ella podemos "leer" los modos en que es vivido el drama social de la expulsión.

2.2. Las creencias

Las creencias configuran otro lugar de alta condensación simbólica. Lo que vamos a considerar como creencias no es un conjunto de convicciones sobre el más allá sino recursos fantásticos para operar acá.

Los enanos, las brujas, los duendes, el diablo, son iconos o personajes vividos con familiaridad, que sintetizan una apropiación desacralizada al tiempo que se le confiere ciertos poderes y conviven sin conflicto con otros relatos o modos de inteligibilidad del mundo. A ellos se acude en busca de ayuda para cuestiones mundanas (ser modelo, "que mi mamá esté más conmigo", que curen el dolor allí donde falla el médico). Mientras las religiones convencionales se arman como sistemas cerrados y en territorios separados de los otros órdenes de la vida cotidiana, aquí las creencias se representan en una estructura que admite mezclas de significación. Las creencias no forman parte de un

sistema diferenciado ni son privativos de una comunidad religiosa sino que participan de todo intercambio cotidiano y se filtran en cualquier escenario de intercambio social. Las creencias hablan del predominio de un universo simbólico que supera (o necesariamente niega) el centralismo de la racionalidad y que es habitado por el misterio y lo desconocido. El tipo subjetivo resultante es el que mezcla formas diversas de inteligibilidad del mundo. Probablemente haya que pensar las creencias en una doble vertiente. Por un lado, constituyen un modo de procesamiento de un mundo inclasificable en la lógica del entendimiento racional y que, se deja habitar por el misterio, los límites de la voluntad y la ambigüedad. Por el otro, dios, el diablo, las brujas, los enanos y los duendes bien pueden ser metáforas de las disputas entre el bien y el mal, el poder y la impotencia.

2.3.El choreo

Las referencias al choreo en los relatos de los chicos tiene el mismo estatuto que cualquier otro comentario sobre acontecimientos o experiencias de la vida cotidiana. El choreo, el consumo de droga, el baile, la pelea, la escuela, los vínculos con los padres, las brujas, forman parte de la misma serie discursiva. Aún los que no lo practican lo enuncian como parte de un universo de opciones que ellos desechan más por los peligros que pudiera ocasionarles que por cuestiones de índole moral. No sólo orientados por la lógica de la necesidad, que interviene, pareciera que para estos chicos la práctica del choreo está impulsada por otras demandas o búsquedas vinculadas a la conquista de un lugar en el grupo y de un sistema referencial que organice en algún modo el caos de la experiencia: adónde pertenezco, en qué sistema de "valoraciones" me incluyo, cuáles son las ventajas de pertenecer a un grupo, etcétera. El robo no es necesariamente un móvil de la práctica grupal, un a priori cuidadosamente especulado sino un desencadenante azaroso del encuentro entre sujetos. "Salir a chorear a una vieja" cobra el mismo valor que ir a bailar, ir a los jueguitos o andar en bici. "hacer algo", no importa qué, brinda la ilusión de romper con la inercia cotidiana, de adueñarse de algún modo del devenir de la existencia, de decidir. Por qué roban? En los barrios

periféricos, el robo es una "opción" disponible casi naturalizada, al punto de considerarlo en ocasiones una forma de trabajo." El "choreo" es uno de los códigos de sociabilización en los escenarios que frecuentan los jóvenes. Estos chicos nacen y crecen en un territorio donde la práctica del robo participa de las estrategias de reproducción de la vida cotidiana. Se roba para comer, para vender, para satisfacer el inmediatez del consumo: ir al baile, comprar una cerveza, comprar una pilcha, viajar, comprar cigarrillos o droga, y para hacerlo es necesario armar redes de interacción. Habitar el lugar es estar familiarizado con sus códigos, más allá del grado de apropiación que generen.

El robo está progresivamente investido de "legitimidad", en tanto si bien no es reivindicado tampoco está condenado moralmente. La dilución de la ley como marco regulatorio de los comportamientos sociales hace que lentamente se vaya esfumando la sensación de transgresión o culpa. El sentido de acciones tipificadas como delictivas responden a tres lógicas: "la necesidad", el "aguante" y el "ventajeo". Ventajear a la víctima y aguantar su mirada pueden pensarse como valores apreciados que sólo se ponen a prueba en situaciones de riesgo. En esta dirección el robo es secundario o más bien un escenario de aprendizaje para la formación de la "personalidad" ventajosa (dicen que es competitiva) y aguantadora (dicen que es capaz de soportar las presiones de gestionarse a sí mismo). Ser competitivo es superar la media, aventajar al otro, y serlo en la sociedad de riesgo es hacerlo por sí mismo, es decir aguantar la fatiga de hacerse cada vez más, siendo uno mismo la fuente legítima de decisión, estos jóvenes se refugian en las fuentes alternativas de autoestima que encuentren a su disposición.

"Mi hermano más grande está en un grupo bien pesado porque se las rebanca y hacen frente a cualquiera".

2.4. El faneo y otras yerbas

La droga va asociada al robo, al descontrol, al peligro "público" que puede desencadenar, y sobre todo aparece como un atributo de la condición juvenil e infantil. El consumo es el indicio del agotamiento de la infancia. El consumo pone al cuerpo en primer plano, es la

escenificación de las sensaciones, sensaciones que en los tiempos presentes y en las circunstancias registrastransitan más por lo destructivo y la celebración de la muerte que por lo orgiástico y lo festivo. El consumo es algo más que una adicción. Es el "lugar" donde las emociones sedesbordan (agresión, dolor, angustia, rabia, impotencia) y al mismo tiempo sedespiertan (coraje, control del miedo). La droga es una marca y en la medida en que marca enlaza a un nosotros imaginario: somos "chorros", "drogones", "negros", "cuarteteros". El consumo no puede despegarse de las formas de sociabilidad, de los modos de estar con los otros. La droga sirve para producir alteraciones en el modo de estar en el mundo. El consumo en las formas que se materializa en estos barrios no es ninguna manera una trasgresión. El consumo compromete a las propias "fuerzas del orden" en una cadena sórdida e incomprensible y, como lo destacan sus protagonistas, ocasiona serios daños en el cuerpo y en las sensaciones. En torno al consumo de drogas lo más significativo resulta ser, por un lado, la ausencia de sentidos capaces de significar esa experiencia como "experiencia de algo"; el uso de las drogas está mucho más ligado al acto material de introducir sustancias en el cuerpo-consumir y consumirse-que al intento de producir paraísos artificiales.

CAPITULO 3 Nuevos rostros juveniles 3.1 La fraternidad y el aguante

En el marco del resquebrajamiento del eje paterno-filial surge un modo de fraternidad (entre hermanos o amigos) que emerge en sus bordes, la fraternidad o la relación con los pares no supone el advenimiento de una nueva institución frente a otra, la familia, en franca desaparición, sino que configura como posibilidad emergente frente a la ineficiencia simbólica del modelo tradicional. La familia como "marco" parece perder relevancia para estos jóvenes,

cediéndole lugar al grupo. Estos nuevos marcos funcionan como usinas de valoraciones y códigos que estructuran la experiencia del sujeto. Más que la escuela o la familia, el grupo aparece como el portadores de los patrones de identificación. Lo que se trasmite como valor supremo es el aguante. Los valores surgen del seno de la experiencia y su fuente de legitimidad es la eficiencia que producen para habitar un conjunto de circunstancias. En la fraternidad es la "experiencia" la productora de valoraciones construidas. Es decir,

no habría valores previos que estructuraran la experiencia, el modo de un sujeto, sino experiencia que daría como fruto un conjunto de valores. Los valores resultan de la experiencia, la fraternidad y el aguante son valores preciados y constituidos al calor de la experiencia. No hablar, no cantar, no delatar son valores producidos como efecto de la experiencia de la caída en la cárcel o en los reformatorios.

3.2. La subjetividad de varones y mujeres

La diferencia entre los varones y mujeres, entendida como diferencia de género, se correspondía con la oposición entre instituidos y destituidos. La diferencia de los sexos según el esquema de los géneros o/a da cuenta de las diferencias entre, por ejemplo, maestro, maestra, director y directora, alumno y alumna, ciudadano y ciudadana a partir de un plano de igualdad en tanto ambos están instituidos aunque en diferentes lugares. La mujer en lugar de madre y esposa, y el hombre como portador del poder de decidir, de trabajar y ocuparse de los asuntos públicos. Las diferencias de género, que liga o separa a los varones y mujeres que habitan los territorios de la investigación no parten de diferencias inscritas en un suelo instituido para ambos, sino que justamente, son diferencias construidas sobre condiciones de destitución. No se trata ya de varones instituidos en la imagen del poder y mujeres instituidas en la imagen del sometimiento sino en posiciones de varones y mujeres que establecen diferencias sin un suelo "legalizado" en posiciones fijas. En la situación actual ni el poder es localizable y fijo, ni los lugares de varones y mujeres son estables ni determinados. Mujeres y varones son diferentes pero la naturaleza de esa diferencia ha mutado enormemente: lo específico de sus diferencias ya no se juega en torno a los problemas del poder y la ley, nudo implícito sobre el que se sostiene la doctrina de los géneros. Las diferencias actuales entre varones y mujeres son diferencias prácticas, que se especifican de hecho y en cada situación. Son diferencias de enunciación, es decir como diferentes modos de habitar el ser varón y el ser mujer en ausencia de mandatos tradicionales. En tiempos burgueses un individuo, ya fuera varón o mujer, tenía dos caminos: cumplir el mandato familiar o ir más allá de él. Pero, ya sea porque se confirmaba el mandato, ya sea porque se impugnaba, la diferencia entre varones y mujeres estaba siempre planteada en torno a una instancia

de enunciación fija: la autoridad que enunciaba el mandato. Los varones y las mujeres actuales ya no pueden reconocer un mandato, ni para impugnarlo ni para cumplirlo.

3.2.1 Las condiciones

La subjetividad de los varones se construye casi plenamente en territorio, y no la escuela y la familia, las que marcan fuertemente a los sujetos. Los referentes identificatorios son sus pares, las reglas que rigen sus comportamientos están elaboradas a partir de las demandas de cada situación, las valoraciones o moralidades se configuran en relación con los próximos, legitimándose en la frontera del grupo. El varón tiene como rasgos de identidad el aguante, el zafe, las lealtades; sus prácticas se dan en el límite y el riesgo. La amenaza de cárcel y de muerte por robo o drogas es un rasgo decisivo de esta subjetividad que no tiene en las figuras adultas de familia o la escuela ningún referente; por el contrario, se alude a tales figuras mediante la agresión, la injuria y a veces, mediante una expresión que oscila entre la queja y el reclamo de que no son escuchados. El docente es con frecuencia la figura de ese que no escucha, que no entiende, que no reconoce. El padre es, una figura ausente y la madre se insinúa como impotente, sufriente, con una fuerte presencia afectiva y práctica, y a menudo es un par de sus hijos. La familia ya no es un lugar de transmisión de la ley a través de la figura paterna; el trabajo ya no es el espacio que reafirmaba el lugar del padre como proveedor de la familia; el mandato de estudio arraigado en la creencia de que estudiar era la garantía de un futuro mejor se ha derrumbado. Está en crisis la función tradicional del padre y la familia, las mujeres son portavoces de un discurso, en tanto expresan los ideales mediáticos o religiosos. Los territorios fuertes de inscripción para las mujeres no se reducen a la escuela, muestran indicios de una subjetividad fundamentalmente construida en el lazo. Tanto la presencia del referente religioso como fuente de moralidad que regula los comportamientos como la expectativa de un futuro vinculado a alguna profesión o trabajo (ser médica, modelo) hablan de la presencia de un imaginario que procede del lazo. La aspiración mediática de llegar a ser alguien muestra la construcción de un ideal en el interior de los códigos que rigen actualmente el intercambio social.

3.2.2 Caída del paradigma burgués de la diferencia sexual

Las diferencias actuales entre los sexos ya no se juegan según el reparto burgués tradicional: mujer madre, esposa, centro de la vida doméstica; varón padre, agente de filiación y de la autoridad, garantía de ley. En los territorios de los jóvenes, varones y mujeres asisten a la alteración de lo que en otro momento fueron sitios precisos de inscripción de la diferencia sexual: el amor y la reproducción. En torno al romance, a los embarazos, a la iniciación sexual aparece un indicio recurrente y significativo: los chicos confiesan no darse cuenta, o no saber cómo darse cuenta cómo es que sucede eso que sucede. Cómo darse cuenta de que están enamorados, cómo darse cuenta de que se iniciaron o no sexualmente, parece ser motivo de profunda inquietud e incertidumbre. Interpretamos la dificultad para "darse cuenta" como el indicio de que no existen fuertes marcas instituidas de la diferencia sexual, es decir, las prácticas y los significantes en los tradicionales se jugaba la diferencia de los sexos están alterados: la sexualidad ya no se juega en el terreno de la represión ni de la prohibición; los lugares familiares rotan simétricos, son intercambiables, temporarios y aleatorios. Reconocer, adoptar o aceptar un hijo por parte del padre no parece ser el hecho esperable, sino los datos del ejercicio de una paternidad que no está basada necesariamente en un mandato o en el cumplimiento de la ley sino en un terreno incierto en el que vacilan el deseo, la decisión, la indiferencia e incluso el rechazo. Los modelos de la paternidad y de la maternidad se debilitaron, y no se sabe en que consiste ser padre o ser madre en estas nuevas condiciones. El terreno de la diferencia sexual se presenta para los chicos como un territorio borroso, a veces vacío, altamente contradictorio e inconsistente.

CAPITULO 4 Las instituciones en la pendiente

4.1. Las figuras de autoridad familiar

La familia tradicional ofrecía un punto de equilibrio al individuo, al mismo tiempo lo insertaba en espacio de sostén social y redistribución económica, hacia

posible la inscripción en una historia que le brindaba a sus miembros sostén y preferencia. Por su parte el psicoanálisis suscribe a la idea, a propósito de la familia, de que no hay sujeto desde los orígenes sino que se trata de posibilidades que sólo se materializarán si se encuentra una serie de condiciones. El otro es condición y posibilidad de subjetivación. Ese primer otro es la madre que nutre, cuida, brinda afecto, toca, habla. En este encuentro ese otro introduce algo de otro orden que la mera asistencia física y que será el motor del psiquismo humano. Pero la función materna ofrece además una función identificatoria, le proporciona al niño un conjunto de significados que permitirán nombrar los diferentes estados por los que atraviesan. Ella es la que dice si el niño tiene hambre, frío, está triste, prefiere un juguete u otro, un paseo u otro. ¿Qué papel le confiere el psicoanálisis al padre?. Se trata de una función simbólica, es decir, no importa quién la ejerza sino la posibilidad de que sea inscrita significativamente. El padre es el representante de la ley y como tal el portador de los discursos sociales legitimados, es el encargado de romper la simbiosis entre madre e hijo y el que reparará esa "pérdida" con la puesta a disposición de objetos sustitutivos (símbolos, ideas, instituciones, ritos) que facilitarán la exogamia. La organización paterno-filial dependía de un orden social específico - la sociedad burguesa - que confería a la familia la tarea de construir la matriz subjetiva de los futuros ciudadanos. La desarticulación del universo de la familia nuclear se inscribe en la alteración de una serie de condiciones basadas en el principio jerárquico. La caída del Estado-nación en el marco de la emergencia de nuevas lógicas sociales vacía a las relaciones familiares de una referencia anclada en jerarquías simbólicas. Las condiciones en que se plantean son las alteraciones sufridas por el modelo paterno-filial, pérdida de la condición salarial, incertidumbre respecto del futuro, flexibilidad laboral, pérdida de las protecciones sociales, etcétera. La aparición de nuevos modos de vinculación familiar, que nos hablan de algo más que de otros tipos de familia. No se trata de configuraciones familiares respetuosas de la lógica de la autoridad simbólica tradicional sino de múltiples modos de relación que rompen la estructura paterno-filial. Se trata de modalidades de relación construidas en situación, la "familia" es hoy un

significante vacío, es decir un lugar sin referencia estable de significación. Ante el agotamiento del dispositivo familiar, hoy hay tres modalidades subjetivas de habitar la nueva situación, de subjetivación, resistencia e invención.

4.1.1. desubjetivación

La desubjetivación nos habla de un modo de habitar la situación marcada por la imposibilidad, estar a merced de lo que acontezca habiendo minimizado al máximo la posibilidad de decir no, de hacer algo que desborde las circunstancias. Se trata de un modo que despoja al sujeto de la posibilidad de decisión y de la responsabilidad. Una de las condiciones de la desubjetivación en el entorno familiar es la visible indiferenciación de los lugares tradicionales de padre, madre e hijo, con la consecuente disolución de las posiciones de protección y autoridad de los padres hacia los hijos. En el marco de disolución y confusión, la desubjetivación consiste en la imposibilidad de gestionar lugares de enunciación desde los cuales habitar esas transformaciones. Lo propio de nuestras circunstancias es la ausencia de referentes y anclajes, por lo tanto, cualquier sistema de referencias que se armen conlleva la oportunidad de un proceso subjetivamente. Padre, madre, hijo ya no se perfilan como significantes de una relación intergeneracional basada en el principio de autoridad, sino que parece tratarse de lugares simbólicamente destituidos. Trabajos "compartidos" en condiciones de alta precariedad, chicos que "protegen" a las madres, figuras borrosas o en descomposición, actos ilegales "legalizados" por sus progenitores en la urgencia de sobrevivir, caída de la frontera entre lo permitido y lo prohibido. Estas alteraciones a menudo son acusadas como vacío por parte de los hijos. Tanto en la generación de los padres como en la de los jóvenes entrevistados, el territorio de la maternidad y la paternidad se presenta como un sitio confuso y desbastado de significaciones. Desaparecen hoy por efecto de la destitución simbólica de las figuras burguesas de la familia. Ante esa caída, los sujetos difícilmente logran construir condiciones de enunciación para habitar e investir la experiencia de la paternidad y la maternidad. Se interpreta la dificultad juvenil de darse cuenta de los embarazos o de la situación que gira en torno a la reproducción-cuidado, anticoncepción, riesgos-como un indicio de la borradura o de la inexistencia de

marcas instituidas de la diferencia sexual y de las significaciones con que, necesariamente deben ser investidas. La sexualidad de los jóvenes y la de sus progenitores no parece regida por la prohibición o represión alguna.

No darse cuenta significa que algo del orden de la percepción ha fallado. La desobjetivación es en este caso la imposibilidad de instalar alguna condición subjetiva para hacer algo con lo real de un embarazo. Se abren dos caminos : el de la supervivencia o el de la subjetivación. El embarazo, el nacimiento, la reproducción pueden ser meros hechos reales, biológicos, avatares del viviente, de los que ni siquiera es preciso "darse cuenta" -tal como parece insinuarse en uno de los testimonios-. Pero también, en la medida en que la situación exige altas cuotas de implicación, podría ser una ocasión de decisión, de responsabilidad, de subjetivación.

4.1.2. Resistencia

Expresa cierta actitud de defensa, un modo de abroquelarse para protegerse de los efectos riesgosos que acechan la existencia. La alteración del modelo se registra entonces en el tránsito de una familia que propiciaba la salida al mundo a una familia que preserva de los riesgos del mundo. El mundo se ha vuelto inhabitable y la familia procura entonces dilatar la salida de sus hijos. La calle es peligrosa, amenazante, y en consecuencia el cuidado del familiar no es aquel que fortalece al hijo al mundo sino el que lo preserva de los riesgos del mundo.

4.1.3. Invención

Pone de relieve la producción de recursos para habitar la situación. Se trata de hacer algo con lo real, de producir aberturas que desborden la condición de imposibilidad, de producir nuevos posible.

"Los dos somos desocupados. A mí me da vergüenza mirarlos a la cara a los chicos, para decir no tengo. Como yo hago pan, la peleábamos todos, es la única entrada. Los fines de semana mis hijos salen a vender diarios. Ellos tiene por costumbre venir y decirme "mami, acá está lo que hicimos", aunque sea 3 o 4 pesos".

La desocupación como marca de identidad y no como estado temporario, así como el sentimiento de vergüenza, nos hablan de nuevas condiciones erosionantes de autoridad. Ambas formas de nombrarse despojan a los padres de valía y consecuencia, de autoridad. Padres que "no pueden", hijos que reparan en ello o que se encuentran desamparados. El efecto de esta mutación no es necesariamente la disolución total de toda autoridad simbólica. A pesar de la destitución oscila de la autoridad y la precariedad de resortes que habilitan la posición del proveer, la institución de un lugar protector no necesariamente desaparece. Se trata de la construcción de una posición de enunciación que grafica la búsqueda de un "poder ser" en el borde de un "no poder". Las operaciones de subjetivación se plantean allí donde opera la imposibilidad. Si bien estas operaciones de subjetivación ponen de relieve los recursos de los sujetos para habitar la situación, dan cuenta al mismo tiempo de su precariedad cuando se producen a expensas de anclajes simbólicos de índole social. Presencia, límite, acompañamiento, transmisión de valores son algunos de los rasgos de la actual enunciación paterna y materna. La nueva autoridad simbólica se instala por fuera o en el borde de un campo social configurado sin principios contundentes de jerarquía.

4.2. La escuela entre la destitución y la invención

Los jóvenes que viven en condiciones de expulsión social construyen su subjetividad en situación, compromete profundamente a la escuela al mismo tiempo que la interroga. ¿Qué experiencias escolares se puede producir en situaciones de profunda alteración? ¿Qué tipos subjetivos se habilitan en esas experiencias?. En este punto transitaremos por las tres categorías: desubjetivación, resistencia e innovación a fin de analizar los diferentes modos de habitar la caída del dispositivo pedagógico moderno. La destitución simbólica de la escuela hace alusión a que la "ficción" que ésta construyó mediante la cual eran interpelados los sujetos dejó de tener poder performativo. El discurso de la ciudadanía, por ejemplo, tenía poder performativo no porque necesariamente en la práctica se concretara el principio de igualdad entre los hombres sino porque producía interpelación, desea de formar parte de esa ficción. La eficacia simbólica de las narrativas escolares no se mide en la correspondencia o en la correlación estricta entre

lo que dice y lo que promete y lo que efectivamente sucede. La eficacia simbólica de un discurso se mide en su potencia de producción de subjetividad, es decir, en su capacidad de construir a un sujeto alrededor de un conjunto de normas y valores que son los que rigen la vida social. Cuando decimos que la escuela se encuentra destituida simbólicamente no decimos que la escuela enseña mal. Lo que hace, es asistencialismo en vez de pedagogía. Lo que sugerimos con la hipótesis de la destitución de la escuela es que se percibe una pérdida de credibilidad en sus posibilidades de fundar subjetividad. Se trata de que desaparecieron de algunos tipos subjetivos, de algunas posiciones de enunciación, de algunos recursos y lógicas que se revelan estériles para hacer algo en esta situación. Estos tipos subjetivos, esas posiciones de enunciación, esos recursos son los términos (alumnos, docentes, supervisores, directores, saberes, hábitos, reglas, etcétera) producidos por la experiencia de nuestra escuela pública. La destitución es el escenario complejo y extremadamente duro en la que se despliegan operaciones de invención para vivirla.

4.2.1. Desubjetivación

Hace referencia a una posición de impotencia, a la percepción de no poder hacer nada diferente con lo que se presenta. Los alumnos son descritos por los docentes mediante atributos de imposibilidad: "tienen mal comportamiento, muchos problemas, son rebeldes, tiene valores cambiados, no están cuidados, etc."

En los tiempos presentes y en situaciones analizadas los atributos negativos del "pobre" no son de índole cultural sino que conllevan nuevamente una impugnación moral. Ya no se trata simplemente de la calificación tradicional de "ignorantes", "incultos", "mal hablados", "lentos": el discurso moral se ha actualizado. Ahora se trata de "valores cambiados, autoridad disuelta, familia ausente y despreocupada, agresión, robo, violencia". Desde la percepción de los docentes ya no los habita la esperanza del progreso sino la resignación de la pérdida de confianza en civilizarlos, disciplinarlos o emanciparlos. El problema central de la educación hoy a juzgar por los docentes, es su impotencia enunciativa, que es desigual al decir la desubjetivación de la tarea

de enseñar. El problema de la impotencia no es un problema relativo a las personas sino a los dispositivos. La impotencia no es de los maestros sino de lo que alguna vez fue instituido; y los maestros son el síntoma de la pérdida de una autoridad simbólica que los excede. Acaso habrá que crear nuevas condiciones de recepción de lo que acontece, nuevos modos potentes de nombrar, de manera que en ese acto suceda algo del orden de una intervención? Si algo de ese orden se produce, estaremos introduciendo formas inéditas con capacidad de alterar tanto nuestra posición de educadores como la de los sujetos que transitan por las escuelas a la espera de alguna cosa que acontezca.

4.2.2. Resistencia

¿En qué reside la diferencial del adolescente de antes del de ahora?. El respeto a la autoridad, la disposición para la obediencia, la sumisión, el deseo de progreso, la capacidad de adquirir normas básicas de interacción social, constituían la matriz básica de la educabilidad sobre la que la escuela no sólo intervenía para ejercer su tarea formadora, sino que ella misma fundaba en colaboración solidaria con la familia. Los chicos de ahora no sólo expresan la ausencia de esa matriz básica, no sólo una fuerte resistencia a dejarse moldear por esa matriz; también son la expresión de la incomunicación profunda entre la escuela y la familia en condiciones de disolución estatal. La relación asimétrica con el adulto y la noción del futuro como la conquista de una adultez que se vive como una etapa deseada, son dos de las condiciones básicas de producción de un joven. En la producción de tales condiciones la familia y la escuela han tenido una función decisiva. Las condiciones de enunciación del adolescente "moderno" hoy están suspendidas. Qué cosas han dejado de operar para que los niños y adolescentes ya "no sean". Si los niños y los jóvenes ya no son lo que eran, desde la perspectiva de la subjetividad, esto se debe a que las condiciones institucionales que hicieron posible tales tipos subjetivos hoy han perdido eficacia. La posición docente que llamamos de resistencia da cuenta de un modo de abroquelarse en representaciones que han perdido capacidad de nombrar las alteradas condiciones actuales de enunciación del alumno o del docente. ¿Qué es hoy ser estudiantes? ¿Qué es ser un maestro?. Podríamos

nombrar al estudiante como aquel niño o joven que transita una institución que la proveía de los saberes necesarios para alcanzar autonomía social durante un período de moratoria social en el que se postergaba la asunción de las responsabilidades adultas. Una escuela era un modo institucionalizado de educar, de formar a una persona imprimiéndole atributos que un orden social específico exigía. Pero estas representaciones han estallado. Entonces la resistencia es la expresión del desacople entre representaciones viejas y las situaciones actuales que no se dejan nombrar por esas representaciones.

La resistencia es un obstáculo porque impide que una subjetividad se altere para poder enunciar en las nuevas condiciones. La posición que resiste insiste en seguir suponiendo un alumno que ya no existe: obediente, capaz de postergaciones, en condiciones de prever, anticipar, disponible para recibir algo del adulto.

La resistencia es una negación a cambiar las preguntas y a dejarnos alterar por los signos de lo nuevo, que no suponen necesariamente lo bueno.

4.2.3. Invención

Si la expulsión social es una situación, una contingencia, la posición ética no renunciaría jamás a buscar a partir de esa situación una posibilidad. La invención supone producir singularidad, esto es formas inéditas de operar con lo real que habiliten nuevos modos de habitar una situación y por ende de constituirnos como sujetos. Una posición de invención, por ejemplo, podemos encontrarla en aquel director de una escuela secundaria que se preguntaba qué hacer frente al crecimiento progresivo de alumnas embarazadas y madres. La intervención no fue ni la expulsión, ni la concesión, ni el renegar de la situación. La opción se planteó con la creación de un jardín maternal en la escuela, de modo tal que las alumnas podían seguir ocupando la posición de estudiante pero admitirlas en su doble condición de madre y alumna. La escuela no renuncia a su tarea de enseñar, sino que se multiplica: se abre como un escenario posible, hasta ahora inadvertido, en el cual las jovencitas pueden habitar su condición de madres. Si se tiene

en cuenta la gran dificultad que atraviesan los jóvenes para investir subjetivamente la maternidad y la paternidad, se verá en esta intervención una función de potenciación de la escuela, una apertura de los posibles. La invención de un lugar que no niegue sino que, por el contrario, despliegue esa condición hace no sólo posible la tarea de la escuela, sino que ofrece a los estudiantes la posibilidad de ejercer subjetivamente su condición de madres. Pensar este gesto como un acto de invención requiere una condición previa: no dejar de pensar en el problema, implicarnos en la problemática de las nuevas identidades juveniles más allá de que la iniciativa haya resultado exitosa. La educación igualadora es la acción que hace posible la subjetivación, la que emprende la difícil e incontrolable tarea de introducir a un sujeto en otro universo de significación de modo de ayudarlo a construir su diferencia. La educación consiste en examinar una situación de imposibilidad contingente y en trabajar con todos los medios para transformarla. En esta dirección podemos analizar también la intervención de una escuela que frente al hecho de que los alumnos concurren armados, propone la creación de un "armero". ¿Qué es un armero? En principio, el armero de una escuela que opera en situación, es decir, a partir de condiciones concretas que escapan a toda norma y reglamentación abstracta. Un armero, lejos de ser, un lugar donde guardar armas, es una frontera que delimita el territorio de la enseñanza. Entre la enseñanza y las armas no hay correlato posible. El armero, parte de reconocer una situación pero, lejos de la indiferencia, la renegación o la expulsión de las nuevas condiciones, interviene produciendo autoridad efectiva, interviene produciendo autoridad efectiva dado que logra interpelar a los interlocutores: ustedes son bienvenidos pero ese territorio se habita en otras condiciones. No es a los chicos a los que no se les da lugar, es a las armas. ¿En qué dirección hay que pensar hoy la intervención en la escuela? Un primer esquema para ubicar la intervención comprende tres dimensiones de análisis: temporalidad, autoridad y horizonte, cruzadas con tres coyunturas diferentes de la escuela: Estado-nación, mercado, y un más allá del Estado y el mercado. La escuela pensada en cada situación intenta movilizar una posición de invención, una posición de creación singular entendida como la producción de formas nuevas de habilitar el tiempo vivido. Es el tiempo que insiste en hacer de la

experiencia educativa un acontecimiento. En ese modo de concebir la temporalidad habría transmisión. La transmisión supone poner a disposición de los sujetos textos y lenguajes que los habiliten para hacer algo más que una mera repetición, ofrece a quien la recibe un espacio de libertad. La pregunta es qué hacen los alumnos con lo que les enseñé. Y sólo sabré que enseñé algo si los sujetos habrían sabido hacer algo con eso. El horizonte de posibilidad radica en la creación de convicciones que habiliten un porvenir, un nuevo tiempo.